

LAS GOTAS DE NÉCTAR.

(De Goëthe)

Por complacer al amado,
Al divino Prometeo,
Un cáliz lleno de néctar
Minerva trajo del cielo.
Con él inspiró á los hombres
El sentido de lo bello,
Y en sus corazones puso
De las artes el anhelo.
Recatándose de Jove
Bájaba, y estremeciendo

El cáliz, algunas gotas
Vertió sobre el verde suelo.
Abejas y mariposas
Al punto allí concurren,
Y hasta la deforme araña
Gustó del licor benéfico.
Dichosas, pues que libaron
Inspiración y deseo,
Y del arte con el hombre
El alto dón compartieron.

JUAN VALERA.

LUZBEL.

(Fragmentos de un poema inédito.)

Luzbel, sumido en su dolor eterno,
Sobre estéril picacho, que cubría
De inmaculada nieve el duro invierno,
Surgió de pronto.

Agonizaba el día.

Por las vertientes ásperas del monte
La niebla en sueltas ráfagas caía,
Y el sol arrebolando el horizonte
Al trasponer espléndido una cumbre
Con sus vivos reflejos simulaba,
En llano extenso de encendida lava,
Aureas torres y alcázares de lumbre.

¡Siempre es bello el crepúsculo. ¡ Ese instante
Melancólico y dulce en que palpita
El alma universal, es semejante
Al ósculo postrer con que un amante
Pone forzoso término á la cita.
El sol, al esconderse tras la sierra
Desbordándose en luz de ópalo y grana,
Decir parece á la habitada tierra:
—¡ Adiós, bien mío, volveré mañana!
Y fiel á su promesa halagadora,
Con majestad y pompa soberana
Torna otra vez al despuntar la aurora.

La vida entonces se despierta: el germen
Vibra en el surco, en la arboleda el ave,
El pez en la corriente bullidora;
Hasta á los monstruos que en el seno duermen
Del tenebroso mar, alcanza el suave
Efluvio de la luz reparadora.

Todo es calor, y aroma, y movimiento;
Todo se anima, se engrandece y ama.
Es cada rayo un beso, cada rama
Un arpa sacudida por el viento,
Y un incensario cada flor. El mundo
Que tus caricias inefables siente,
Rebosa de placer ¡oh sol fecundo!
Y cuando por los términos de Oriente
En tu carro de llama centelleas,
El mar azul, el cielo transparente
Y la tierra que alumbra y hermoseas,
Cantan gozosos á la luz naciente:

—Salve, vida inmortal, bendita seas!—
Los celajes de púrpura y de fuego
Que amontonaba el sol en el ocaso,
Fueron cambiando de color, y luego
La oscuridad, creciendo paso á paso,
Desvaneció la luz. Era ya el triste
Momento en que la tierra se desnuda
De su atavío, y cual doliente viuda
Las negras tocas de la noche viste.
Ancha masa de sombra se extendía
Como legión conquistadora, muda,
Pero invencible, y por el monte, el llano,
La selva, el mar, que indómito rugía
Con ronco acento, en el confín lejano,
Iba agrandando su medroso imperio,
Sólo turbaba á trechos el misterio

De las tinieblas hórridas, alguna
Fúlgida estrella, y con su ardiente disco,
Gigantesco y fantástico, la luna,
Que se elevaba, coronando un risco
Escueto y sin verdor.

Luzbel, alzado

Sobre peñón altísimo que alfombra
Nieve perpetua, inmóvil y callado,
Hundía sus miradas en la sombra.
¡Cuán grande aparecía y cuán resuelto!
Ráfagas de huracán eran sus alas,
Rojo su traje desceñido y suelto,
Y á imagen del pesar, negras sus galas.

Por su cabello indócil y revuelto
Serpeaba la luz como serpea
Lívido rayo en noche tormentosa.
Y fiel trasunto de la humana idea
Que á los mayores imposibles osa,
De pie sobre el granítico cimiento,
Bajo el flotante palio de una nube
Que descogía y replegaba el viento
De la montaña, revolvió en torno,
Con fiero orgullo el réprobo querube,
Sus pupilas candentes como un horno;
Y al resplandor de la siniestra higuera
Que en sus ojos radiaba, su figura,
Semejante al dolor que nada espera,
Destacábase hermosa, pero oscura.

Y encima de él, en la celeste esfera,
En el íbrego espacio que tachona
Multitud de luceros, brilla y arde
Con todo el esplendor de una corona
La solitaria estrella de la tarde.

¿En qué pensaba el infernal proscrito,
Fijo en la roca, y con la frente erguida?
Los que sentís luchando con la vida,
La inextinguible sed de lo infinito,
Y como el revelado Prometeo,
Sangre verteis por la enconada herida
Que en vuestro corazón abrió el deseo:
Vosotros ¡ay! que con empeño loco,
Al buscar lo imposible, como el mismo
Rey de las sombras, abrazáis la nada,
Lo sospechéis quizás, aunque tampoco
Llegareis nunca al fondo del abismo
En que cayó su mente despeñada.

Dios al precipitarle de la altura,
No lo sumió en eterno cautiverio
Ni amenguó su grandeza soberana.
Vióle vencido, y compartió su imperio
Con él, y le entregó la noche oscura,
Y la mitad de la conciencia humana.

El impetu rebelde, el ansia impura,
La vil codicia, el lúbrico apetito,
La envidia, siempre amenazante y hosca,
El terror angustioso del delito
Que, como sierpe, al criminal se enrosca,
La infame astucia, el odio fratricida,
El ruin temor, la cólera insensata,
La dula recelosa y escondida
Que envenena el espíritu y le mata;
Todo cuanto en el mundo se doblega
A las torpés caricias del pecado,
Todo cuanto corrompe, mancha y ciega,
Sometido le está. ¡Dios se lo ha dado!

Grande es su potestad; mas el tormento
Que le acosa, es mayor; celeste llama
Los raudales secó del sentimiento
En su indomable corazón.—¡ No ama!—

¡Duro castigo á su soberbia fiera!
Como un refugio, al misero que advierte
La vanidad de su ambición, le espera
La dicha de morir, y él, ni siquiera
Tendrá el mudo consuelo de la muerte.

Se parece á un planeta condenado
A recorrer en sideral concierto
Su órbita inmensa, siempre inhabitado,
Árido y sin calor; pero no muerto!!